

hallaban avecinados en aquellos lugares de la costa, especialmente los de Guebro, Torrillas y Dalías, se juntaron en Inox, porque estaba más á la mano, para que las galeras llegasen allí; y cuando en muestra de su regocijo comenzaron á hacer gran fiesta de zambra y bailes á su usanza, el escuadrón cristiano, que no fué perezoso para asir la ocasión por el copete, dió de improviso en la descuidada gente morisca apellidando *Santiago*, y comenzó á descargar en ella su arcabuceria con tanto estrépito que parecía hundirse el mundo. Dándose este asalto de noche y cogiendo á los moros dormidos, cuando se levantaron y vieron encima dellos tanta gente y tan bien armada, llenos de pánico terror comenzaron á huir para la sierra; en pos dellos iban las moras, habiendo cada una tomado lo que más estimaba como oro, plata, aljófár, ropas de seda y otras cosas ricas.

Al romper el día, las galeras parecieron por ardid en la mar muy cerca de tierra; y para que el golpe se diera á medida de su deseo, comenzaron á tocar añafles á la usanza mora, habiéndolo mandado así los capitanes. Los moros de Inox, viendo las galeras tan cercanas y oyendo el sonido de los añafles, pensaron que se acercaban para ofrecerles su amparo y recogerlos; por lo cual todos los que huían se alargaron á la playa del mar. Los de las galeras, al ver cumplido su intento y que el dado les pintaba tan bien, echaron al punto los esquifes y pusieron en ellos soldados y remeros vestidos á lo moro. Los moros y las moras que acudían dando gritos y huyendo de los cristianos que los perseguían, en llegando á la orilla del mar se metían á toda priesa en los esquifes, los cuales luego que se llenaban pasaban á dejar la carga en las galeras y volvían por más; desta suerte se cogieron gran cantidad de moros y moras, sin que advirtieran el engaño. Las galeras disparaban muchos tiros, al parecer contra los cristianos, y estos desde la tierra correspondían con las mismas apariencias de furor; pero como en los cañones y arcabuces no ponían más munición que la pólvora, todo aquel estrépito se redujo á un simulacro, que sirvió de armadajo para mantener el mayor tiempo posible en su engaño á los moros; de manera, que cuando llegaron á reconocerle ya habían caído en el lazo muchos, y de las moras especialmente quedaban muy pocas por embarcar.

Un turco desde las mismas galeras se lo dijo en arábigo, y al instante muchos de los que estaban ya en ellas se arrojaron á la mar, y como la tierra estaba cerca salían á la playa dando grandes voces y advirtiéndolo á los demás en la misma algarabía: «¿adónde vais, esclamaban, desdichados de vosotros, que os engañan? volved, volved pronto á la sierra, y no os acérquais á la mar.» Los que estaban todavía en tierra, oyendo el grito y viendo á los compañeros que salían mojados y tomaban la fuga, los siguieron sin detenerse, y deste modo se salvaron muchos por la sierra. Los soldados, luego que conocieron que su ardid se había descubierto y estaban ya desengañados los moriscos, dieron el alcance á los que huían, y cogieron á cuantos pudieron, cautivando á las moras que quedaban en tierra, y de las cuales no escaparon seis. Las galeras, habiendo observado que no podrían ya embarcar más gente, recogieron los esquifes, y se hicieron á lo largo de la mar con su ópima carga. Luego los cristianos tornaron á Inox y le saquearon, sacando de allí grandes despojos de ropas y sedas; hecho lo cual se volvieron á Almería. ¿Quién pudiera explicar el llanto miserable que resonaba por todas las galeras de aquellas engañadas moras? Daba gran compasión oír sus alaridos despidiéndose de sus tierras, y no pudiendo apartar los ojos de las altas sierras de Inox, su clamor y el de los niños era tanto, que no se podía oír el pito del cómitre; y así llegaron á Almería, donde se repartió toda la presa, y las galeras, cogida la parte que les tocó, tomaron la vuelta de levante. Cuando estas llegaron á Cartagena vendieron gran número de los

moros y moras que llevaban; lo mismo hicieron en Mallorca, y por los demás puertos adonde arribaban, hasta Nápoles, donde despacharon el resto de la presa. Hé aquí la suerte desventurada de los moriscos de Inox y de aquellos lugares comarcanos.

Ahora conviene volver al marqués, que dejamos en Ohanez, y que repartió también entre sus soldados la presa que por su parte hicieron, quedando todos muy contentos. La noche que se entró en Ohanez el campo estuvo bebiendo sangre y agua, porque á la parte arriba del lugar fueron muertos muchos moros y moras junto al mismo arroyo que bajaba á él; y así se cumplió lo que dijo aquel moro viejo, célebre sabio de Granada, llamado Abenhanim, el mismo que por el ruego del rey don Pedro de Castilla declaró los pronósticos de Merlin. Dos días después desta rota de Ohanez le entró al marqués una compañía de cuatrocientos tiradores de Lorca muy lucidos, cuyo capitán fué el regidor de la misma Alonso de Leiva Marin; y estando mirando su escelencia con mucho gusto desde una ventana cómo pasaba el escuadrón, salió dél desmandada una bala, y fué á dar en el borde de la ventana, y si acertara á llegar un poco más arriba, allí matara al marqués, que se retiró disimulando el susto. Quiso el capitán hacer pesquiza sobre este hecho, pero jamás se pudo sacar en claro de dónde salió aquella bala, porque había otras compañías que al tránsito hicieron salva á la de Leiva. Aquí estuvo el marqués muchos días, durante los cuales tuvo nueva de que el de Mondéjar había saqueado á Andarax y todos aquellos pueblos de las Alpujarras; de lo cual le pesó mucho y á todo su ejército también, porque todos llevaban puesta la mira en pasar á Andarax, á Ojijar y demás lugares cercanos, donde ya no les quedaba que hacer ni que sacar. Por esto los soldados del marqués de Vélez comenzaron á salirse del real secretamente, y en tanto número, que cuando él dió en la cuenta ya le faltaba gran parte de su gente; y muy pesaroso de la deserción, recondando que el reyecillo le acometiese con ventaja en aquella sierra, mandó que el campo bajase al losado de Canjáyar por estar en llano, y para que la caballería pudiera pelear á su salvo con el enemigo, si acaso se presentase. De aquí también se le fué mucha gente, y de tal forma quedó reducido el ejército del marqués, que si entonces los moros le acometiesen, sin ninguna dificultad le desbarataran. Conoció el peligro notorio en que se hallaba, y escribió á Lorca para que le socorriera con gente, y castigasen á los que habían desertado de su real.

Ocurrió entonces en aquella ciudad un caso notable, porque el alcalde mayor della, llamado Arriaga de Alarcon, haciendo diligencias para juntar el socorro que le pedía el marqués, se escedió con un anciano hidalgo, dándole un golpe con la vara de una pica y descalabrándole. Los hijos del agraviado, sintiendo como hombres honrados la afrenta de su padre, echaron mano á las armas, gritando: *mueran el traidor*, y no estando el alcalde bien quisto con la gente de Lorca, fué al punto acometido por más de mil muchachos, que le tiraron tantas piedras, que parecía lloviesen del cielo. Al ruido se movieron también muchos hombres gritando: *mueran, mueran*; de tal forma, que el pobre Arriaga tuvo que meterse y encerrarse bien en una casa para salvarse de la muerte. Este ruido tan endiablado costó después la vida á algunos, y á muchos el sacrificio de sus haciendas, habiendo quien pagara lo que no debía; y si su Majestad no concediera un perdón general, la mitad, cuando no toda la ciudad de Lorca, fuera destruida por la demasia de aquel imprudente y necio alcalde, que pudiera hacer su oficio, servir al rey y favorecer al marqués con gente, sin propasarse y causar alborotos. En fin, el marqués recibió socorro de Lorca, y además le entraron cuatro compañías de gente escogida y bien armada de Albacete y Chinchilla, con lo cual se holgó grandemente; y viéndose ya bastante reforzado, determinó atravesar las

Alpujarras, mandando levantar su campo, y yendo por la Taba de la Plata á Verja, lugar bueno y marítimo, donde mandó sentar su real, después de haberle fortificado para que el enemigo no le dañase. Quédese aquí por volver al marqués de Mondéjar, á quien dejamos en Orjiva, diciendo primero sobre el capítulo pasado el romance que se sigue:

Las tremolantes banderas  
Del grande Fajardo parten  
Para las Nevadas Sierras,  
Y van camino de Ohanez.  
¡Ay de Ohanez!  
¡Ocho mil guerreros lleva,  
Cada uno es como un Marte!  
Llegan al Barranco-hondo,  
Y allí al campo se hizo tarde,  
¡Tarde, tarde!  
Marcha el marqués á otro día  
Cuando el sol al mundo sale,  
Y á Canjáyar llega el campo,  
Y su losado, que es grande,  
¡Grande, grande!  
El bando moro, entendiendo  
Que el marqués viene á buscalte  
Esta noche, echado ha suertes,  
Por vez si podrá aguardarle,  
¡Aguardarle!  
Una mora echa las suertes,  
Vieja mala mas que landre,  
L' cual dice que bien pueden  
Dar batalla y esperarle.  
¡Y esperarle!  
Mas que primero den muerte  
A los cristianos de Ohanez  
Que tienen allí cautivos,  
Y que su sangre derramen.  
¡Ay, derramen!  
Los cristianos fueron muertos  
Por aquella gente infame:  
Tres doncellas degollaron  
Delante sus mismas madres.  
¡Madres, madres!  
En el real se supieron  
Estas atroces crueldades,  
Y juran de bien vengarlas  
En dando el sangriento Marte.  
¡Marte, Marte!  
Otro día en la mañana  
El campo marcha, y se parte;  
Pasando primero el río  
Para subir á Ohanez.  
¡Ay, Ohanez!  
Por una ladera arriba  
Todo el campo se reparte,  
Y todo el bando morisco  
Hace de sí un baluarte.  
¡Baluarte!  
En un gran tajo de peñas  
Hácese un escuadrón grande;  
Mas el campo le dispara  
Cuatro pelotas volantes.  
¡Ay, volantes!  
Desampara el bando moro  
El peñasco, y de allí sale  
Lluyendo para la sierra,  
Mas le siguen el alcance.  
¡Alcance!  
Los valerosos cristianos  
Que los siguen y dan mate,  
Muchos matan de los moros;  
Las moras no hay escaparse.  
¡Escaparse!  
Que todas fueron cautivas,  
Sin mas poder remediarse,  
Y también murieron muchas  
Que no pudieron guardarse.  
¡Ay, guardarse!  
Tantos matan de los moros,  
Que el río va tinto en sangre,

Y los cristianos la beben,  
Que no pueden escusarse.  
¡Escusarse!  
Convínole aquí al marqués  
Muchos días aguardarse,  
Hasta que órden le venga  
Dónde ha de ir, ó á qué parte.  
¡Parte, parte!  
Tantos días aquí estuvo,  
Que su campo se deshace,  
Y por esto le convino  
Volver atrás al gran Marte.  
¡Marte, Marte!  
Al losado de Canjáyar  
Se descende, por ser grande,  
Y que la caballería  
Por todo el llano se ensanche.  
¡Ensanche!  
A Inox en questo tiempo  
Se saquea, y le deshacen,  
Que soldados de Almería  
Le siguen con crudo alcance;  
¡Ay, alcance!  
Soldados de las galeras  
Se hallan en este lance,  
Y por un taimado engaño  
Van los moros á embarcarse.  
¡A embarcarse!  
Entienden que las galeras  
Que parecen, son de paces;  
Y así embarcan muchas moras  
Que allí van á remediarse.  
¡Remediarse!  
Mas el engaño entendido  
Quisieran desembarcarse,  
Y no pueden los cutados  
Del lazo desenlazararse.  
¡Desenlazararse!  
Las galeras á Almería  
Se vuelven á solazarse,  
Y allí reparten la presa,  
Que es muy ópima y muy grande.  
Y muy grande!  
Las galeras hacen vela,  
Y parten para Levante,  
Llevando moros y moras  
Que vender en cualquier parte.  
¡Parte!  
En este tiempo el marqués  
A las Alpujarras sale,  
Del losado de Canjáyar  
Un domingo, ya bien tarde.  
¡Tarde, tarde!  
Porque le vino gran gente  
De Albacete y otras partes,  
Y de Lorca y de Chinchilla,  
Que no pudo mejorarse.  
¡Mejorarse!  
Son todas cinco banderas,  
Do vinieron á juntarse  
Mil soldados bien armados  
Para entrar en cualquier parte.  
¡Parte!  
Con esto sale el marqués,  
Dando órden de que marchen  
Por todas las Alpujarras  
Con banderas y estandartes.  
¡Estandartes!  
Pasadas luego el marqués  
Y en Verja quiso alojarse,  
En donde le dejaremos,  
Por escribir de otra parte.

## CAPITULO XI.

En que se pone la cruda muerte del capitán Alvaro de Flores y la rota de toda su gente en Valor; asimismo la rota del capitán Farax y la muerte de los suyos en Pulpi.

Triste, confuso, muy enojado y aburrido estaba el buen marqués de Mondéjar, viendo que no podía apaciguar la rebelión, ni atajar la licencia de la gente de sus militares banderas, al paso que cada día los moros se rehacían de armas, y al reyecillo de instante en instante le entraban socorros de toda la raya de Málaga, de la sierra de Ronda y aun de Berbería, con tanta abundancia de armas, que ya estaban bien apercebidos casi todos los moros granadinos, y prontos para acometer cualquier caso de guerra. Estaba aguardando la órden que le enviaria su Majestad para el fin de aquella lucha; y como no le faltaban émulos, se decía en la corte que por su descuido ó por falta de voluntad se dilataba la guerra, y se había dado tiempo á los moros para proveerse de armas, y mejorar su partido; así es, que por último mandó su Majestad al marqués, que dejase el ejérci-

to, y se volviese á Granada, como diremos luego mas largamente en su lugar. El reyecillo, viéndose tan bien acompañado de tropas belicosas y en gran número, procuró hacer prontamente todo el daño posible á los cristianos, y para ello quiso al principio usar de una sagaz treta, la cual fué enviar al real del marqués de Mondéjar un morisco discreto y bien industriado, que le dijese cómo Abenhumeya estaba en Valor con mucho descuido y poca gente, presentándose allí la ocasión mas favorable de prenderle. El morisco que se escogió para este caso era tan astuto como aquel Sinon que fué enviado de parte de los griegos al bando troyano; y así, vistiéndose pobremente y mostrando el ánimo abatido, se llegó al real del marqués, trayendo en la mano una vara alta, y puesto en la punta un paño blanco como simbolo de paz. Luego que se dejó ver dieron aviso á su escelencia, que mandó le dejasen entrar; y en llegando se hincó de rodillas delante del marqués, y principió á hablarle desta manera:

¡Oye, inclito varon, valiente Marte,  
De godos descendiente, sangre illustre,  
Que eres la flor de España, y la mas alta  
Después de aquel esceldo don Felipe  
Que el cetro tiene della, y la gobiernas!  
Ahora es tiempo, buen marqués esceldo,  
Que acabes con la guerra en solo un punto,  
Y allanes las banderas levantadas  
De la morisca gente perniciosas,  
Y quites las sangrientas crueldades  
Que pasan en la guerra trabajosa,  
Y escuses tantas muertes de cristianos  
En todas estas sierras y Alpujarras.  
Do van sin órden tuya, y donde mueren  
A manos de enemigos levantados  
Contra la fe católica de Cristo.  
Podrás quitar, señor, los grandes llantos  
De las mujeres tristes y los niños,  
Las hambres y las sedes, y las muertes  
Que pasan con la guerra luctuosa,  
Durmiento por la nieve frigidísima,  
Pues no hay otros albergues mas seguros.  
Los niños en naciendo allí se hielan,  
Las madres no se escapan de aquel parto  
En las nevadas camas las mezuquinas;  
Y atento a estas cosas sin veniura  
La paz desean todas, y con llanto,  
Al cielo santo piden que las oiga.  
Los tristes moradores de las sierras  
Dicen al de Valor que haya paces,  
Y esse ya la guerra sanguinosa,  
Que no es para pasar tan triste vida.  
El rey maldado á todo contradice,  
Y dice que no traten mas en ello;  
Si acaso alguno á esto le replica,  
Al campo manda luego que le aborquen;  
Y destos tiene ya muchos finados,  
Sin que haya quien le rete lo mal hecho.  
Queríanle matar, mas andan tímidos,  
Porque el turquesco bando le engrandece,  
Y guarda que á la ropa no le toquen;  
Y así el morisco bando está aliado,  
Y no sabe qué haga en este caso.  
Desca para la guerra mas se enciende;  
Dejar ninguno osea las banderas.  
Por el temor que tienen de la muerte,  
Marqués esceldo, illustre y poderoso,  
Ahora está en tu mano dar remedio  
A la morisca gente arrepentida.  
Matando al reyecillo allí en Valor,  
Seguro y descuidado de la guerra,  
Durmiento á sueño sueto entre sus colchas,  
Que son de seda fina muy labradas.  
Envía, buen señor, gente de guerra,  
Y á un bravo capitán que allí le mate;  
Que muerto este traidor, la guerra luego  
Habrá un glorioso fin, y habrá mil paces.  
Al punto todo el reino estará llano,  
Los daños cesarán por todas partes,  
Volverse han los moros á sus casas,  
Daránle al rey Felipe grandes rentas,  
Y tú, señor, en gloria deste caso  
Serás eternizado por el mundo;  
Serán los niños y mujeres tristes  
En su descanso ya restituidos,  
Y te darán inmensas bendiciones  
Si propicio te prestas á su ruego.  
Y si tú, ó marqués, no los remedias  
Verás las Alpujarras destruidas,  
Dentro de ella banderas africanas,  
Y á España puesta en punto de perderse.  
No des lugar, por Dios, á tantos males;  
Favor y auxilio presta á quien le pide;  
Ve tú en persona al caso, dale muerte  
A aquel que es descendiente de Mahoma.  
Tuya será la gloria deste hecho,  
Tú solo la mereces, no otro alguno;  
No envíes capitán que la pretenda.  
¿Qué aguardas? Parte luego, marqués claro,  
No tardes, que en tardarte está el peligro;  
A Valor ve, y triunfa de tal gloria,  
Pues Dios quiere que tú solo la goces.  
Alegra todo el reino con tu ida,  
Y en el Alhambra illustre la cabeza  
Pondrás del reyecillo mal mirado,  
Con una letra escrita, que así diga:

Esta es la cabeza del  
Reyecillo sin ventura,  
Y el marqués de la ventura  
Se la cortó, y triunfó del.

Esto dijo el cauteloso moro, y prorumpió luego en un copioso y fingido llanto, dejando maravillados á los que estaban allí presentes y tanto deseaban ver el término de aquella guerra sangrienta. Mirándolos á todos el marqués, dijo que tal ocasion no era de perder; y puesto que el reyecillo estaba tan descuidado, quería él tomar á su cargo la empresa de matarle ó prenderle, pues tanta honra y lustre le daría el suceso; para lo cual mandó al sarjento mayor que al instante le apercibiese mil hombres bien armados. Todos los caballeros que allí se hallaban le fueron á la mano diciendo, que no convenia hiciese él solo aquella jornada, porque se ponía en notable peligro de perderse con la gente que llevara, y que para tales casos seria mejor que se valiera de alguno de los capitanes de distinguido valor que tenia en su ejército. Otros pensaban que sería mas acertado pasar allá con todo el ejército y buscar al enemigo, que tal vez se hallaría bien apercibido, y si iba poca gente podría desbaratarla y vencerla con facilidad. Estas y otras cosas se dijeron en el consejo de guerra que tuvo el marqués con los jefes y capitanes de su campo; pero uno dellos muy valeroso, llamado Alvaro de Flores, le suplicó que oyese su parecer, tal vez acertado en aquel caso. Todos callaron, y viendo Flores que estaban prontos á oírle, con muy buenas palabras habló desta suerte:

«Valeroso marqués, inclito capitán de Granada y su reino por su Majestad: las cosas tocantes á la guerra es menester mirarlas y disponer con maduro acuerdo y el buen parecer de hombres experimentados, para alcanzar el acierto que se desea en las cosas arduas y graves como la que ahora se nos presenta. Si el señor de Valor está tan descuidado como este moro dice, no es posible que lo esté el escuadron turquesco, porque al fin es gente belicosa; y no fuera justo que el mismo general de un campo como este se pusiese en notorio peligro de ser roto ó muerto por irle á buscar sin bastante prevencion. Yo considero que si marcha todo el campo, tendrá luego noticia el enemigo; y pudiéndose retirar á otra parte, será en vano buscarle, como nos ha sucedido hasta aquí; por lo cual la guerra no podrá dejar de ser prolija y de pasar adelante; así pues es mi parecer, salvo otro mejor, que se trate de buscar y matar al reyecillo, y esto hecho, todo el reino se allanará y pondrá bajo la proteccion de la real corona, como ha dicho este moro. Para el logro del caso es menester buscar de noche al de Valor con poca gente, y no con mucha, que alborota el mundo, y con el ruido que mete basta para dar noticia de si misma. Yo me ofrezco á buscarle, prenderle ó matarle, porque sé todos los pasos de la Alpujarra en donde está, y entraré por parte tan oculta, que no pueda ser sentido ni visto de moro alguno. Para esta empresa no necesito que me acompañen mas de cien soldados, y aun menos, porque dado el caso que en el lugar de Valor se nos sienta y nos quieran ofender, me obligo con los cien soldados á quemar el pueblo y pasar á cuchillo á todos sus moradores; y si el señor de Valor estuviese dentro no se nos podrá ir de las manos, porque conozco muy bien su alojamiento, y lo primero que ha de hacerse es cercarle de modo que no se pueda escapar; hecho esto, nosotros con el favor de Dios todopoderoso volveremos por sendas ocultas á nuestro real, contentos de haber alcanzado una victoria tan aventajada. A esto se reduce lo que ofrezco hacer; pero si acaso hay algun otro capitán que ofrezca mas, y espere alcanzar mejor suerte, salga, y Dios le dé tan buena fortuna como nosotros desiamos, y nuestro campo la ha menester.»

Con esto puso fin á su razonamiento el capitán Flores, y sobre ello hubo varios pareceres; porque muchos capitanes quisieran tomar á su cargo aquella demanda, por

vivo deseo de la honra que della se derivaba; mas al fin el acuerdo último fué que hiciese aquella jornada el capitán Alvaro de Flores, llevando no los cien hombres que habia pedido, sino hasta ochocientos buenos soldados, todos diestros tiradores, los cuales se alistaron al punto para salir aquella misma noche, llevándose al moro con ellos. Partió Flores con aquel secreto que el caso requeria, y anduvo sin parar hasta el rompimiento del alba el dia siguiente, en que emboscado todo el escuadron dentro de unas espesuras, se mantuvo en ellas hasta la noche venidera, que tornó á marchar la vuelta de Valor. Dos dias estuvieron emboscados, y otras dos noches caminaron, de manera que á la tercera estaba el escuadron muy cerca del pueblo, procurando llegarse á él con todo silencio para no alarmar á los enemigos. Mas no fueron sus pasos tan encubiertos que dejaron de observarlos mas de dos mil moros que los estaban aguardando en los pasos estrechos para dar contra ellos á su tiempo; y así los dejaron llegar al lugar, en donde Alvaro de Flores mandó cercar inmediatamente la casa del reyecillo, como quien muy bien la conocia. Todo era en vano, porque él no estaba dentro, ni en todo el pueblo habia mas que mujeres, dejadas allí por industria para que los soldados se cebasen en el saqueo y cautivarlas á ellas. Allí se desapareció el moro que guiaba á los cristianos, sin que advirtieran cuándo ni por dónde, causando su descuido la mucha codicia que llevaban de robar.

Puesto ya el cerco en la casa del reyecillo, y siendo la hora de romper el alba, prorumpieron los cristianos en su acostumbrado grito de *Santiago, Santiago*; y disparando al mismo tiempo la arcabuceria con grande estrépito, acometieron al lugar por todas partes sin aguardar orden. Flores estuvo muy atento y aguardando que el reyecillo saliese por alguna puerta ó ventana; pero se cansaba en balde, porque estaba en otra parte. Entrando los cristianos en el lugar sin resistencia, hallaron las puertas muy bien cerradas por dentro, mas las sacaban con furia de sus quicios y entraban en ellas ansiosos del robo. Muy maravillados de no encontrar ningun moro, pillaban á su salvo cuanto hallaban, y prendian á las moriscas, puestas allí por industria para su mayor daño; finalmente, á la salida del sol ya estaba todo el lugar de Valor saqueado y quedaban presas todas las moras. Alvaro de Flores, viendo que su intento no salia como habia pensado, malcontento del suceso, y advirtiendo por otra parte que sus soldados andaban descarrados y tan cebados en el robo, temió algun daño que le podría sobrevenir, y mandó tocar á retirada. Entendida la señal por los codiciosos soldados, salieron de las casas y se juntaron al punto cargados todos y ricos de moras muy hermosas y de grandes despojos puestos en lios, los cuales les daban á estas para que se los llevasen, habiendo algunos que por ir mas sueltos las daban también los arcabuces y demás armas. Las moras como instruidas del trato concertado, no mostraban pena ninguna de su prision; y deste modo comenzó á marchar la bisoña compañía la vuelta de su real, pensando que nadie impediría su jornada, y llegarían á su salvo con tanta presa.

Pero le sucedió muy al contrario, porque aun no llevaban andado un cuarto de legua, cuando por entre unas angosturas grandes del camino que llevaban, y por donde habian de pasar forzosamente, se les presentó un escuadron numeroso de turcos, cuyo capitán era el bravo Caracacha, y asomaron también por los lados de las dos sierras mas de dos mil moros. Alvaro de Flores, viendo que aquel paso tan estrecho estaba cogido por tanta cantidad de enemigos, y que era imposible seguir por allí su camino sin recibir muy notable daño, arrepentido ya de haber venido en aquella demanda, quiso volverse atrás, y tomar á Valor para su defensa. Queriéndolo poner en ejecucion, hizo de la vanguardia retaguardia, y marchando

acia Valor les salió al encuentro otro escuadron no menos numeroso que los que habia descubierto, cuyo capitán era el otro turco compañero de Caracacha, el cual venia caminando á toda priesa por dar alcance á la bandera cristiana. Viéndose cercados y metidos en tan grave peligro todos los soldados de Alvaro de Flores, aguijaron á las moras, y tomando las armas que ellas llevaban, se pusieron en defensa con esperanza que aun tenían de la victoria. Como las moras estaban ya avisadas de lo que habian de hacer, principiaron á caminar hacia Valor, llevándose todos los lios que los soldados habian juntado; y aunque estos las vieron ir, no curaron dellas, sino de apercibirse para la batalla que les esperaba. Alvaro de Flores reconoció que estaba cercado por todas partes, y persuadido de que habia llegado por perdicion, procuró alentar á los suyos, diciéndoles: «ea, amigos y valerosos soldados, hoy es el dia de nuestra gloria; no tengamos en nada á los enemigos aunque son muchos, porque no son tan diestros como nosotros en el manejo de las armas, ni de tanto valor. Por tanto, encomendémonos á Dios, y dándonos el *Santiago*, carguemos sobre ellos con presteza, que la diligencia es madre de la buena ventura.» Diciendo esto el valeroso capitán acometió á los enemigos que le tenian cogido por las espaldas, y disparando su arcabuz, y mostrando todavía grande ánimo, añadió: «á ellos, no los tengamos en nada.» Los valerosos cristianos, siguiendo el ejemplo de su noble capitán, dieron en sus enemigos una gran carga de arcabuceria; pero luego no pudieron cargar otra vez sus armas por la presteza con que los acometieron los moros guiados por el bravo Caracacha, que en la primera descarga mató muchos cristianos. También su compañero por la parte de la vanguardia, en donde estaba Alvaro de Flores, dió otra carga no menos feliz. ¿Qué importa que mataran los cristianos á mas de cincuenta moros, si esta pérdida no hacia mella en un escuadron tan disforme? Cerrando los unos con los otros se empezó una batalla cruel, en la que los cristianos peleaban como leones, sin que les aprovechara su esfuerzo ni el acabar con muchos moros, porque de aquellas sierras llovian tantos, que habia cien dellos para cada cristiano. Y los que mas dañaban eran los turcos, que como hombres diestros en la guerra hacian gran matanza en sus contrarios. El valeroso Flores obraba maravillas; pero hallándose ya herido malamente se retrajo á una parte de la ladera, acompañado de algunos soldados, que peleando con tanto denuedo como él fueron todos muertos; en una palabra, de los ochocientos hombres que vinieron con Flores no se escaparon vivos seis de aquella tan dura y sangrienta batalla. Por todo el camino y por aquellas laderas no se hallaba mas que cuerpos de cristianos hechos pedazos, porque como los moros eran muchos, no se contentaban con ver muerto á un cristiano, sino que no se tenia por bueno quien no ensangrentaba en él sus armas, para que no dijeran los demás que se habia estado holgando. Así no habia cristiano que no tuviese cien heridas, cosa que causaba grandísima compasion. No dejó de haber en esta batalla muchos moros muertos, porque preguntándole yo á uno dellos, me dijo que tuvieron mas de trescientos, y entre ellos veinte y cinco turcos. Con todo eso quedaron muy ufanos y alegres por la alcanzada victoria, y porque cogieron todas las armas de los cristianos, que pasaban de ochocientos arcabuces y otras tantas espadas. Cogiendo los moros todos estos despojos se fueron á Valor, y las armas del capitán Alvaro de Flores, que eran muy buenas, especialmente la espada y daga, se las presentaron al reyecillo, que muy alegre las tomó, diciendo: «no tengo en poco el despojo del capitán Flores.» Algunos moriscos que se hallaron en esta rota me han dicho, que la mortandad de los cristianos se ejecutó en menos de una hora, y que Abenhumeya estuvo mirando la batalla desde una ladera de aquellas sierras con dos mil hombres

mas de asistencia para acudir adonde fuese necesario. Luego que entró este en Valor llegaron mas de quince mil moros despechados por no haberse hallado en la accion; y viéndose tan bien armado y con tan poderoso ejército, dijo á sus capitanes, que ya no temia que la fortuna le derribase del lugar eminente en que estaba puesto; y así pensaba verse con el ayuda de Mahoma coronado en lo mejor de España, como lo estuvieron sus antepasados. Con esto lleno de altivez, y alimentándose de vanas esperanzas, el reyecillo pasó en Valor muchos dias, disponiendo los negocios tocantes á la guerra: aqui le dejaremos para referir otra rota de moros hecha por los cristianos en aquellos dias.

Ciertamente el capitán negro Farax hizo muchas y grandes entradas en el camino de Lorca y Vera con felicidad, sacando abundantes presas de ganados y cautivos, con los cuales pasó á Arjel dos ó tres veces para venderlos y traer armas del producto. Cansado ya el cielo de los males que obraba, dispuso traerle una ruina total; y así queriendo hacer otra de las presas de cristianos que acostumbraba llevar á Arjel, se fué con cien soldados adonde solia entre Vera y Lorca, junto á la fuente de Pulpi. Puesto Farax en su emboscada aguardando que pasasen cristianos por el camino, cierta atalaya que los de Lorca habian colocado en paraje de donde se le pudiera descubrir cuando viniere, luego que aquel llegó con su escuadron, puso fuego de aviso en lugar que no pudieran percibir Farax ni su gente. En Lorca habia otras dos atalayas, puestas una en la torre de Alfonsi, y otra en la torre de la Vera la Vieja, las cuales viendo el humo que servia de señal, al punto dieron aviso de lo que ocurría, y sin mas dilacion salió á un caso tan deseado mucha gente bien armada, tanto de Lorca como de Vera, poniendo cada ciudad de su parte cuanta diligencia fué posible para venir á la fuente de Pulpi; y sabiendo por la centinela adonde estaba la emboscada de Farax, le rodearon de tal suerte, que no pudo evitar la batalla con la fuga. Los de Lorca serian unos ochenta soldados valerosos; y á fin de que los moros salieran á campo raso treinta de los ochenta, tomaron el camino real hasta llegar á la fuente, yendo sobre aviso, y puestas las cuerdas en las serpezuclas de los arcabuces: estando ya en la fuente, el centinela de Farax que los descubrió, dió aviso de que pasaban cristianos la vuelta de Vera, y no estaba cierto de si serian veinte ó treinta, porque con la espesura de los lentiscos no habia podido contarlos bien. Farax confiado en su buena fortuna y en la gente valerosa que llevaba, hizo della dos partes para que la una tomase el camino de Lorca y la otra el de Vera, á fin de que los cristianos no se les pudiesen escapar. Estos, que estaban aguardando en la fuente aquella coyuntura, se fueron por la parte que dirigia á Lorca, y así que los moros los vieron principiaron á disparar contra ellos sus arcabuces, dando grandes alaridos. Los cristianos no se descuidaron un punto en este caso, sino que dieron en ellos al instante disparando y gritando: *Santiago, á ellos*. Los otros moros que tomaron el camino de Vera acudieron prontamente adonde se habia trabado la batalla, y tuvieron ya por muy cierta la presa de aquellos cristianos; mas les salió frustrado el pensamiento, porque los demás de Lorca que se habian emboscado en la parte de la Rambla Guazamara, salieron luego con grande ímpetu, apellidando también *Santiago y á ellos*, y descargando su arcabuceria asaltaron á los moros por otra parte. Su esforzado capitán Farax los juntó entonces á todos, y rehizo su escuadron con gran presteza; pero recelando de que hubiese en la emboscada mas gente, y especialmente de caballería, principió á retirarse peleando por un atochar adelante, y habiendo dejado la espesura de los lentiscos, se acogió á una grande cueva que habia entre unos peñascos. Los moros, hallándose allí seguros de los caballos, peleaban valerosamente con los cristianos, y de ambas partes habia ya

muchos heridos y algunos muertos. Aunque los de Lorca no eran tantos como los moros, principiaban ya á subir por el montecillo arriba cuando llegó la gente de Vera, compuesta de treinta soldados de á caballo y ochenta peones. Estos, oyendo desde lejos la arcabuceria y el ruido de las armas, venían todos volando por hallarse en aquella acción; pero como los caballos no podían subir el montecillo, le rodearon todo para que ningún moro se les escapase. Los peones de Vera, juntándose con los de Lorca, comenzaron á subir á lo alto, donde los moros, metidos unos dentro de la cueva y otros estando á la puerta, todos animados por Farax, capitán bravo, peleaban desafortadamente. Mas poco les valía su esfuerzo, porque los cristianos atacaban con muchísimo valor, y encontrando tanta resistencia, acordaron poner fuego al rededor del montecillo, que todo estaba lleno de un espeso atochar y romeral, para abrasar á los moros.

El fuego comenzó á prender por todas partes con tal braveza que espantaba, y el humo se veía ya desde Lorca y Vera. Conociendo los moros que de ningún modo podían escaparse, arrojaban desesperados en el fuego las escopetas para que los cristianos no se sirviesen de ellas, y luego se abalanzaban por medio de las llamas buscando camino para salvarse con la fuga; pero unos morían ahogados del humo, y otros se abrasaban cayendo en el fuego; si alguno era tan venturoso que salía vivo de entre aquellas llamas, daba luego en las manos de los cristianos, y al punto era muerto. Deste modo perecieron todos, salvo el malvado Farax, que ayudado de algún diablo se escapó huyendo por medio de las llamas, con tan buena suerte, que tampoco pudo ser preso ni muerto por los soldados, ni alcanzado por los de á caballo, porque volaba por el aire, y echaba siempre por partes que no era posible seguir, según iba atravesando las hondas ramblas y saltando por crecidos barrancos, hasta que se metió en la espesura de los acebuchares de la rambla Guazamara, donde no bastaría á hallarle todo el universo. Así con harto dolor se escapó este perro, después de perdida toda su escuadra, quedando unos quemados y otros hechos pedazos. Mucho sintieron los cristianos que se les hubiese escapado el soberbio Farax; mas en vista de que esto no tenía ya remedio, acordaron cortar la cabeza á todos los moros y juntando hasta ochenta, porque las demás se quemaron con sus cuerpos, se las repartieron los de Lorca y los de Vera, juntamente con las armas que parecían de algún provecho. Este fin tuvo la compañía del bravo Farax, quien llegó medio abrasado á Purchena, en donde estaba el capitán Maleh, y allí reparó su salud, la cual mas valiera que Dios no se la diese por el mucho daño que hizo después que se puso bueno. Deseando este vengarse de los cristianos, se fué á Arjel, donde fijó su domicilio, y compró una galeota grande, con la cual, y acompañado de algunos renegados, volvió á las costas de España, é hizo grandes presas de cautivos. Del fin que tuvo el capitán Farax no he sabido cosa ninguna; ahora conviene que volvamos al marqués de Mondéjar, y veamos el estado de sus negocios, diciendo primero el romance que se compuso sobre este capítulo pasado:

El de Tendilla y Mondéjar  
En su real asistía;  
Con él están muchos nobles  
De la ilustre Andalucía.  
Estando un día tratando  
De lo que hacerse podría  
En aquella guerra infame  
De la gente granadina,  
Llegó un morisco corriendo,  
Que de la sierra venía;  
Y estando ante el marqués  
Esta suerte le decía:  
«Valeroso general  
De Granada y su valla,  
Ahora es tiempo, si quieres,  
De ganar gran nombrada,  
Y de reducir el reino  
A la paz como solía.  
Sabrás que el reyecillo,

Con muy poca compañía,  
En Valor se está muy quieto  
Holgando de noche y día;  
No tiene cuenta con guerra,  
Ni del gran daño que había  
Resultado por su causa  
En toda la Serranía.  
Allí le puedes prender  
A tu modo y á tu guisa.  
Si quieres, ve tú en persona,  
O algún capitán envía,  
Que bien sabes de su muerte  
El provecho que vendría.  
El marqués que aquesto oyó  
Quiere él hacer la vía;  
Mas los nobles de su campo  
Le defienden esta ida,  
Porque es caso peligroso  
Intentar la tal partida;

Que se envíe un capitán  
De los que en el real había.  
El buen Alvaro de Flores  
Dice que á él le convenia,  
Porque sabe bien la tierra  
De toda aquella Aljarquia.  
El marqués quiere que vaya,  
Y que lleve en compañía  
Mil valerosos soldados,  
Armados cual convenia.  
Alvaro se marcha luego  
Por caminos que él sabía;  
De día se está emboscado,  
Y por la noche camina.  
En tres días llegó á Valor,  
Y un alba á la matutina,  
Contra el lugar con su gente  
Dió una grande arremetida.  
Pero no encuentra defensa,  
Ni á nadie que contradiga;  
Solos mujeres hallaron  
Muy euitadas y afligidas.  
Los soldados hacen presa

Dellas y de cuanto habla:  
No hallan al reyecillo,  
Porque en Valor no existía.  
El escuadron muy contento  
En marcha ya se ponía  
Para tomar al real,  
Y no fué como quería;  
Porque le tienen tomadas  
Los moros todas las vías.  
Comiénzase una batalla  
Muy sangrienta y decisiva:  
Los cristianos pugnán fuertes  
Y matan gran morería;  
Mas los moros eran muchos:  
Tanta era la demasia,  
Que para un cristiano hay ciento  
Que los mata á porfia.  
No quedó ningún cristiano  
Que escapase con la vida.  
El buen Alvaro de Flores,  
Haciendo lo que debía,  
Murió como varón fuerte,  
Y mostró gran valentía.

## CAPITULO XII.

En que se dice cómo su Majestad mandó al marqués de Mondéjar que saliese de las Alpujarras y viniese á la corte, dejando en los lugares mas importantes soldados de presidio; y cómo el reyecillo acordó de dar batalla una noche al marqués de Vélez en Verja.

Aunque en el romance pasado hemos dicho que de la rota miserable del capitán Alvaro de Flores no quedó hombre vivo, bien podía decirse esto así, aunque se salvaran seis ó siete. La mala nueva se supo luego en el real del marqués de Mondéjar, y aun llegó también muy pronto al del marqués de Vélez. El de Mondéjar lo sintió vivísimamente, como era de razón; y no pasaron muchos días después cuando le mandó su Majestad que dejase la guerra y partiera á la corte, poniendo gentes de presidio y la fortificación correspondiente en los lugares mas importantes, hasta que se diera orden sobre lo que debía de hacerse. En seguida partió el marqués para Granada, dejando en Ojijar la principal parte de su real, y el resto repartido en los presidios necesarios, con capitanes asistidos de gente bastante para que con escoltas se llevaran de una parte á otra las municiones, bastimentos y demás cosas necesarias á la guerra. De allí salió luego para la corte, donde es de entender que influyeron sus émulos en este grave disgusto que tuvo y sintió mucho, viendo que el marqués de Vélez se quedaba en las Alpujarras, y á él le mandaban salir de allí, y dejar en su lugar á don Juan de Mendoza, cercano deudo suyo.

Estando todavía en Valor el reyecillo muy ufano y vanaglorioso por haber desbaratado y muerto á un escuadron tan grande de cristianos, ganando además tantas y tan buenas armas, tuvo aviso por los moriscos de Granada de que el marqués de Mondéjar había partido para la corte; con lo cual tomó mucho mas ánimo, y especialmente al ver que los de Granada le suplicaban que cayese sobre las tierras del marqués de Vélez, y tomase las disposiciones convenientes para desbaratarle; pues conseguido esto, su negocio se haría mas llano, pudiendo los moros de África, que por temor del marqués no osaban desembarcar, socorrerle con gente y dinero y las demás cosas necesarias para la guerra, llevándoselas á aquellas costas. Persuadido desto el reyecillo, se propuso ir luego contra el marqués á Verja y darle una cruda batalla, para desbaratarle si podía, pues le habían informado de que se encontraba con poca gente; y así en presencia de los dos capitanes turcos y de los demás jefes que estaban en Valor pronunció el razonamiento siguiente:

«Varones ilustres, fuertes y bravos capitanes, que bajo de las mahométicas banderas militais con inmortal valor, levantando vuestros nombres á las lucientes estrellas: bien habréis reconocido que Mahoma nos es propicio en todo, porque vemos claramente que no nos fallece con su favor y auxilio, y no ha muchos días que conseguimos de nuestros enemigos una victoria insigne, de cuyas resultas nos proveimos de buenas y bastantes armas para contrastar en adelante á las cristianas banderas. Ahora ha huido nuestro enemigo capital desamparando sus escuadrones; y si

algunos militares han quedado de presidio en los lugares, son pocos, están mal provistos de bastimentos, y no acostumbrados á la intemperie de las nevadas sierras; por lo cual muchos dellos constreñidos de la pura necesidad se escapan á sus tierras, y por los caminos encuentran la muerte á manos de los nuestros. Nosotros no solo estamos bien reparados, sino que además se nos ofrecen socorros de cuanto sea necesario para llevar la guerra adelante por los amigos de Granada; con que quitemos el único estorbo que impide el logro de nuestras esperanzas, y que lo es el marqués de Vélez, adelantado de Murcia. Este se halla ahora en Verja con poca gente de guerra, porque se le ha ido mucha de su campo; y si vuestro parecer se conforma al mio, convendrá que una noche le demos una encamisada de gente valerosa, y tal que quede desbaratado y reducido á la necesidad de retirarse á sus estados. Dado este golpe, luego será nuestro todo el reino, y sin impedimento alguno podremos conseguir el fin de nuestras esperanzas. Por tanto, valerosos capitanes, si os parece, demos luego sobre el marqués, pues tenemos delante la ocasion, y la fortuna se nos muestra tan favorable.»

Esto dijo el reyecillo, y todos aquellos jefes y capitanes aprobaron su dictamen; por lo cual se principiaron luego á tomar las disposiciones necesarias para aquella encamisada. Acordaron que el marqués fuera acometido por tres partes, yendo gran cantidad de gente en cada una de las tres divisiones del ejército. El mando de la primera se dió al Derri, capitán valeroso y adversario del reyecillo, pero que entonces se prestó á servirle por ruego de muchos caballeros moros; y llevaba á sus órdenes ocho mil hombres no mal armados. De la otra division era capitán el Habaqui, que llevó también ocho mil hombres de guerra, bien armados de arcabuceria, espadas, alfanjes y otras armas. Los monfis, como gente que campeaba por sí, y que tantos males causaron al reino de Granada, llevaban seis mil hombres muy bien armados, y por capitán al valeroso Abonuaile, natural de Guadix. Hecho repartimiento destes veinte y dos mil hombres, el reyecillo salió con ellos de Valor y pasó las sierras de las Alpujarras por la parte menos aspera que encontró, hasta llegar á la distancia de seis leguas de Verja, donde sentó su real, fortaleciéndole muy bien. Mandó luego que saliesen tres moriscos muy sueltos, que sabían bien la tierra y los caminos ocultos para que se acercasen á Verja, miraran con atención al sitio del real del marqués, el orden que guardaba y la gente que tenia; cada uno destes tres moriscos fué por distinto camino á hacer con todo aviso y reserva lo que se les había mandado.

El ánimo del marqués fluctuaba entonces entre dudas y pensamientos diversos: por una parte se maravillaba de que no pareciese ni hiciera el menor sentimiento de guerra el escuadron morisco; al mismo tiempo observaba que la gente del marqués de Mondéjar no corría las Alpujarras después de la derrota de Alvaro de Flores, que ya había llegado á su noticia; y últimamente cuando la tuvo también de que el marqués de Mondéjar había dejado el campo en cumplimiento de la orden que tuvo de pasar á la corte. Todo esto traía confuso al marqués de Vélez, no sabiendo el partido mas acertado que debería tomar, y si convendría mas que pasase adelante ó se volviera atrás esperando á que llegase alguna orden nueva de su Majestad. Le admiraba también que estando ya en Granada el señor don Juan, como general supremo, no tomase alguna resolucion sobre aquella guerra, mantenida con gente tan desordenada, y que á su parecer no tendria fin, atento á que el reyecillo ni aguardaba á que le diesen batalla ni queria darla; pues cuando le buscaban huía metiéndose por las sierras, y caminando de lugar en lugar con poco cuidado, porque aquellas asperezas, que eran tan dificultosas de andar para los cristianos, las atravesaban los moros con facilidad, como nacidos y criados

en ellas, y además desto sabían dónde estaban unas cuevas muy profundas, ocultas para los cristianos, y por su situación inespugnables, donde tenían acopiados bastimentos para mas de diez años, tanto de trigo, cebada, panizo, aceite y miel, como de telas y ropas para vestirse; por todo lo cual creía que aquella guerra se alargaría demasiado, y al cabo no se concluiría. Con todo eso deseaba también el marqués saber lo que el reyecillo hacia y adónde estaba, para cuyo fin tenia enviados varios hombres por aquellas sierras y lugares que pudieran venir á darle cuenta dello.

A la sazón llegó á su real un morisco que venia á toda priesa preguntando por su escelencia, y habiendo sido llevado á la presencia del marqués, le dijo que el señor de Valor con todo su campo había cuatro días que salió de allí para venirle á buscar, y así que estuviese bien apercebido. Preguntándole el marqués si sabía otra cosa, el morisco respondió que no; hizo que le diesen racion de lo que hubiese menester, y luego mandó llamar á dos hermanos buenos militares, llamados Diego y Francisco Cervantes, que habían estado cautivos en Africa muchos años, y sabían muy bien la lengua turquesca, á los cuales dijo que se vistieran á la usanza mora y fuesen á descubrir si parecia por aquellas sierras el campo del enemigo para traerle noticias; y que especialmente procurasen coger algún espía del bando contrario, con lo cual le darían mucho gusto. Luego los dos Cervantes se aderezaron del modo que el marqués queria, y tomaron con soltura la vuelta de Andarax, como sabedores de los caminos mas ocultos y secretos de aquel pais. Dicen unos, que los Cervantes eran naturales de Alhama, junto de Murcia, y otros, de Vera; sean de adonde se quisiere, ellos eran muy buenos soldados, y pasada la guerra de Granada los conoció yo cuadrilleros de Vera y Almería, donde hicieron grandes hechos; de suerte que uno dellos fué capitán por su Majestad.

Habiendo llegado á la altura de la sierra hallaron dos veredas ó caminos no bien usados; y el Diego Cervantes le dijo á su hermano que se fuese por el uno y él iría por el otro, conviniendo antes en que al amanecer del día siguiente habian de volver á juntarse allí. Aun no había andado el Diego media legua, cuando descubrió un cerrillo alto y redondo, poblado de mucho monte; y como hombre astuto y usado en semejantes casos, luego presumió por la disposicion del puesto que aquella era una atalaya, porque desde allí se descubria mucha tierra de una parte y de otra; y para quedar cierto de su presuncion, llevando siempre los ojos puestos en la cima del montecillo, luego que estuvo cerca se apartó del camino para subir á él, y apenas hubo andado seis pasos oyó tocar un pito en la altura, al son del cual acudieron tres moros que estaban de atalaya. Cervantes al punto subió por el montecillo arriba, y llegando á la cumbre habló con los moros en algarabía de cosas tocantes á la guerra; pero como muy valeroso no perdió la ocasion, antes con grande ánimo y desenvoltura embistió á los tres, de tal suerte, que en un punto mató á los dos, y al tercero que se le queria ir no le dió lugar á ejecutarlo, y le asíó y ató prontamente, descendiendo luego con él del atalaya, y tomando la vuelta de su real.

Ya era muy tarde, y llegando á la union de los dos caminos, determinó pasar allí la noche aguardando á su hermano como estaba concertado; pero poco después de su arribo, alzando los ojos le vió venir con otro morisco, atado y herido. Este, según dijo, era del Bolodui, mancebo de muy buen talle, y amartelado de una hermosa mora, que sabiendo estaba cautiva en el real del marqués, resuelto á perder la vida, se salió del campo del reyecillo, é iba para Verja tan solo para saber si era viva ó muerta su señora, y si podría verla ó hablarla; que yendo por aquella oculta via se encontró con Francisco Cervantes, el cual, al verle venir solo, con bravo ánimo le acometió, y puesto el moro en defensa, habiendo disparado sus ar-